ESTUDIANTES

PREGÓN DEL 75 ANIVERSARIO

(XXX pregón Universitario)

a cargo de n.h.

ANTONIO SALMERÓN GIL

presentado por n.h.

F. JAVIER GARCÍA MORENO

DOMINGO 7 DE ABRIL

13.00 horas ■ Teatro Apolo ■ Almería

intervendrá

Asociación Músico-Cultural San Sebastián (Padul)

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Pregón del 75 aniversario Estudiantes 1944-2019

Contenido

1. Presentación: por Francisco Javier García Moreno 3
2. Pregón: por Antonio Salmerón Gil 6
   - I. Introito 6
   - II. Saludos protocolarios 7
   - III. Agradecimientos 7
   - IV. Pasado, presente y futuro 9
   - V. La cruz, el pasado 11
   - VI. Los ojos de la nostalgia: meditación para el Cristo de la Oración 21
   - VII. El incensario, el presente 23
   - VIII. Eres mi debilidad: declaración de amor a la Virgen del Amor y la Esperanza 26
   - IX. El libro, el futuro 29
   - X. 75 años juntos en procesión 31
3. Programa del Concierto de la Asociación Músico-Cultural San Sebastián de Padul (Granada) 34

1. Presentación: por Francisco Javier García Moreno

Buenas tardes, hermanos.

En el pasillo de la Universidad de Granada de repente mi móvil sonó, y su tono era el del telefonillo de mi casa, el que suena a cena de viernes imperecedera, anunciando una noche con mi familia de distinta sangre. Y ahora vuelvo a ser el niño chico de la casa recibiéndote, y diciéndole a mi madre que hoy, la rutinaria pero ansiada visita es distinta, pues también ha venido Antonio Salmerón.

Cuando te conocí, si se puede decir así, no sabía realmente bien quién eras, lo que si entendía es que si te sentabas a cenar en la sagrada mesa del hogar, eras alguien importante para mis padres, y por ende lo eras para mí, como se confirmó con el paso del tiempo.

Cuando tú venías a la inhóspita casa de extramuros, allá donde señala la Estrella la cena se transformaba un poco. El entrante siempre era el mismo, los pequeños penantes de la casa buscábamos tus inmensos y atractivos zapatos para pisarlos, mientras por encima de nuestras cabezas mi madre empezaba a asaetearos con aquellas preguntas: "Antoñico, ¿La Trini cómo anda? ¿Y la Amparín, Luis?". "Bien, ya sabes con lo típico de la edad", a lo que vosotros respondías con el mismo ataque que recibía la misma respuesta, "¿Y la María Saldaña?" "Bien ahí va con lo típico de la edad". Tras ese ritual, podía dar comienzo la cena.

Esas noches el primer plato sabía a barrio, plaza Cepero y Barranco, a la infancia perdida, vuelta a los orígenes, a la Almedina antigua, suspirante por que vuelvan sus indígenas que de allí huyeron cruzando la rambla, en busca de un lugar mejor, para finalmente añorar aquello que era suyo, en un tiempo pasado siempre idílico. El segundo se servía ya con la vista puesta en el barrio, en el que desde el 44 resuenan tambores bajando la Cuesta del Rastro y vosotros no erais indiferentes a aquella llamada y comenzabais a hablar de la cofradía, de la de los ochenta, la cofradía joven, de estudiantes feriantes, la de las cruces irrepetibles, aquella cofradía que rebosaba de gente que se fue como las golondrinas, aunque estas para nunca volver. Hablabais del tiempo pasado allí, y como ese fue también el lugar donde os fraguasteis. Recordabais a la gente con la que vivíais en familiar hermandad en aquella cochera de

Bendicho. El postre y la sobre mesa ya no lo recuerdo pues aquel pequeño tenía suficiente para pensar antes de dormirse con ese cuento, en el que vosotros erais los enanitos, que trabajabais siempre para Ella.

En aquellas cenas, parte importante de la generación perdida de esta hermandad modeló mi boceto en barro y así me convirtió en la creación de ese grupo clandestino, impregnando en mí sus principios y generándome ideas más abiertas que las que tienen hoy las puertas de las iglesias.

Al día siguiente desayuné tus enseñanzas, Antonio. Ya si tenía uso de razón y edad para que la Toñi dejara que te llevarás a su criatura. Y yo te seguía, porque me hacías ver quitándome el barro de los ojos, me descubrías un mundo nuevo viajando por Andalucía, afinando mi ojo y creándome un meticuloso gusto estético para las cofradías, y para el arte.

También fuiste, Antonio, el que abriste mi oído ahogado por las cornetas, para hacerme entender la verdadera belleza de un palio de recogida con Marvizón. Te toqué y me llenaste de la gracia y el interés por conocer la historia de las cofradías y todo lo que a ellas les rodea, la historia de las ciudades, de los templos, retablos, armaduras, cuadros, orfebrerías, bordados… creando un prototipo de historiador del arte. Yo seguía a mi maestro, a ti Antonio, por tus sermones allí donde hablabas de la Esperanza a los que quieren Sentencia. En Oliveros, parábolas para hacer puentes con el fin de no caer más veces. Donde mostrabas la oración a todos los almerienses. En el lugar donde le presentaste al pequeño Vicentillo el corazón traspasado de su madre. Incluso cuando hiciste, a favor del pueblo, de mercader en el templo subastando rabicos. Y es que perseguía cada una de tus pregonaciones, esas y las que antes hiciste que son tantas que nunca podre citar. Salmerón también fuiste tú, el que convertiste el agua en vino para acompañar mis tapas y el que con su dedo tocó mi lengua y me dejaba hablar y consideraba mi palabra criterio para algunos retoques.

Si eso es lo que desayuné, este medio día me siento en tu mesa de igual, porque incides en el don que me regalaste al tocar mi lengua, rematándolo con la primogenitura entre los jóvenes de la hermandad para esta labor, haciendo que la generación futura, luzca a la presente que va a pregonar por favor de la pasada. Que tú estás hoy aquí, no sólo por tu impecable curriculum tanto profesional como cofrade, sino porque mi historia es reflejo de la tuya con muchos de los que nos escuchan, aunque no todos hayan ido siempre de

tu mano. Antonio, para muchos de ellos, tú eres cruz de guía, maestro y referente dentro de esta hermandad y del mundo cofrade de Almería y no hay nada más de esta santa casa que ser maestro y dictar ley con lo que se hace.

Así que hoy les presento a Antonio Salmerón Gil, la Cofradía de Estudiantes personificada, pues en él está la experiencia, la unión entre el blanco y negro y lo digital, la búsqueda por mejorar, la coherencia que a veces nos falta, el interés por respetar la tradición y el arte, las ganas del estudiante granadino que fue, como aquellos pioneros fundadores. En él está el barrio castizo, del que limpia las barandillas nuestro olivo, en él la creación de nuestra historia de hermandad, tanto pasada como futura, en él el don de la palabra que también le dieron, en él el gen universitario. Que en ti, Antonio, está la hermandad para la que llevas trabajando desde que te acuerdas, y de la que te consideras hijo, al igual que yo.

Y por tanto lo que tenemos delante es nuestra madre. Así que, como si hoy fuera cena de viernes y siendo yo el más chico de esta casa digo:

MAMÁ, HOY HA VENIDO ANTONIO SALMERÓN.

Francisco Javier García Moreno.

2. Pregón: por Antonio Salmerón Gil

I. Introito

La verdad nos hará libres

Y en esa búsqueda de la verdad andamos… 75 años ya.

Felicidades, hermanos Estudiantes, por estos 75 años de vida que celebramos. 75 años de ilusiones renovadas, de procesión constante por el camino que al amor supremo conduce.

Felicidades por 75 primaveras llenas de anécdotas, de instantes fugaces que brillan como luciérnagas, a lo largo de esta línea del tiempo. Felicidades por 75 presencias constantes que condecoran la fidelidad a esta ciudad y su Semana Santa. Felicidades por empezar, resistir y sembrar para poder continuar.

Felicidades por regalar 75 razones que dan sentido al Miércoles Santo y que seducen los sentidos cada Miércoles Santo… y los que juntos nos quedan por vivir.

Yo sólo os traigo esto: 75 palabras engarzadas con 75 recuerdos, 75 momentos. 75 cirios que consumir por 75 calles que volver a recorrer juntos. 75 deseos, 75 agradecimientos, y quisiera que 75 reencuentros… 75 minutos de descanso para mirarnos y cuidar de nosotros mismos con 75 sonrisas, caricias, suspiros y sensaciones.

Esto es todo lo que os traigo Estudiantes: 75 abrazos que nos unan en la celebración de nuestro pasado, pero sin perder de vista que lo importante es que debemos afrontar con fuerza el futuro.

Todo esto es sólo para vosotros, Estudiantes. Para todos vosotros:

Estudiantes de ayer, de hoy y de mañana. Estudiantes de siempre; y siempre Estudiantes.

Pero entre tanta ilusión…

Vértigo. Eso es lo que siento ahora mismo.

Porque para muchos, este podrá ser un pregón más de los que se plantan en cuaresma, para otros tendrá más interés porque es el universitario, el nuestro. Pero este año, para todos nosotros, debe ser un pregón especial, extraordinario, como esa cuenta de rosario distinta que abre el rezo de un nuevo misterio, porque es el pregón del 75 aniversario de nuestra Hermandad.

Pero, ¿sabéis que significa para mí?

Para mí es EL PREGÓN.

Así, sin más, pero con mayúsculas.

Para mi es El Pregón porque este es el mío, el de mi casa, el de mis amigos, el de mi pasiones, el de mi vida… El pregón al que hoy añado su capítulo número 30. El pregón que, siendo sincero, siempre he esperado con ilusión poder componer; pero que ya daba por perdido cuando decidió buscar la juventud de sus voces mientras yo maduraba más de la cuenta…

Para mi este no es cualquier otro; creedme cuando os digo que para mí éste es el pregón.

Y esto sí que me da vértigo, porque sé que todos esperáis algo especial, diría que "grande"; y a mí, nada me gustaría más que colmar todas vuestras expectativas y poder ofreceros lo mejor de lo que soy capaz, lo mejor que hayáis podido escuchar de mis labios nunca, para que se quede en su casa.

II. Saludos protocolarios

Ahora sí: Buenas tardes. Hago míos todos los saludos que tan detalladamente ha ido realizando el presentador. Por no repetirlos todos, acepten un cálido "Bienvenidos" y unas sinceras "Gracias por acompañarnos hoy".

III. Agradecimientos

Gracias también a vosotros, Hermanos Estudiantes, por hacerme profeta en casa y por distinguirme concediéndome en alto honor de pregonar a nuestra

hermandad en el 75 aniversario de su fundación. Gracias por este que considero regalo por mis recién estrenados 50. De verdad, gracias. Sólo espero poder devolver a vuestra generosidad palabras que dibujen satisfacción en vuestros semblantes.

Y gracias también, todas, al Hermano Mayor de esta Hermandad, porque sé que en sus manos y su corazón está la clave de que hoy podáis verme aquí y así. Todos sabéis el amor que nos profesamos y lo que jamás voy a tener por sangre ni apellidos, lo he tenido siempre por amor en su casa y en su familia, entre los que me siento uno más. Gracias Pepe Luis por tanto y tan bueno. Y gracias también a ti, Isabel, por tus manos —ya te explicaré. Gracias a los 2, a los 4, a los 9. Para mí siempre seréis mucho, mucho más.

¿Puede estar alguien más orgulloso de su presentador?

Gracias a Francisco Javier García, - nuestro Javi-, por sentir y compartir mucho más que palabras en su presentación. En un pregón que conmemora tantos años, es de justicia dar responsabilidad a otras generaciones de Estudiantes. Y como para el pasado ya estoy yo, me parecía oportuno empezar con el futuro, confiando en su preparación y su capacidad. Pero, además de pasado y presente, con Javi me unen otras muchas cosas más que sería demasiado extenso enumerar y de las que sólo voy a poner la mirada en tres de ellas.

Una fue la pregunta que me hizo su madre de porqué lo había escogido a él como presentador… y la respuesta es bien sencilla: porque veo en él una versión actualizada y mejorada del Antonio con 18 años que tenía en su cofradía una de sus prioridades vitales; de aquel que también se fue a estudiar a Granada y siempre volvía para no perderse ninguna de las actividades más señaladas; de aquel enamorado del arte que por pragmatismo terminó mirando a los libros.

La segunda es que, conociendo su valía y desoyendo a uno de sus padrinos, hoy voy a tener el placer de darle la alternativa en esto de la “lírica cofrade” en un acto tan especial para ambos como es este que hoy nos reúne. Sé que llegará lejos,- ya lo habéis oído y con el tiempo lo comprobareis-, y yo me sentiré orgulloso de haber participado, por poco que sea, en su formación y desarrollo como un cofrade cabal.

Y la tercera, es la más simple pero más contundente de todas: porque lo quiero, tanto…

Javi, esta mañana quedamos engarzados como dos pequeños eslabones en la gran historia de nuestra Hermandad. Tú del verde de la hoja tierna; yo del rojo de la fruta madura. Dos colores, dos generaciones, dos formas de vivir y sentir, pero de igual a igual por un mismo apellido: de Estudiantes… como debe ser.

Permitidme dar las gracias también a mi familia, la de mi sangre y la de mi casa, por seguirme y apoyarme, por cuidarme y por reñirme en la proporción exacta. Gran parte de lo que soy os lo debo a vosotros y sólo espero poder regalaros momentos de satisfacción en los que os sintáis orgullosos de mí, a pesar de conocer a fondo todos mis defectos y limitaciones. Y gracias también por sentir y participar en esta misma pasión mía; nada me complace más que veros de verde y blanco junto a mí o siguiéndonos cada Miércoles Santo.

Gracias muy especiales a las manos que cosieron mi primera túnica, porque gracias a ellas hoy estoy aquí dando las gracias a todos.

Gracias a los amigos que han trabajado en este pregón puliéndolo y bruñéndolo para intentar que brille. Gracias por vuestra ayuda desinteresada y siempre necesaria.

Y gracias a todos los cofrades almerienses y foráneos y a todos los amigos que, sin ser Estudiantes, os habéis acercado esta mañana de Domingo de Pasión a compartir con nosotros el paso del tiempo. Deseamos que después de tantos años de sembrar oraciones y cuidarlas con amor, los frutos que esperábamos recoger sean tan sabrosos y abundantes que haya merecido la pena recorrer este largo camino para llegar hasta aquí. Y seguir andando, y continuar…

Gracias priostes por darle este marco a mis palabras

Gracias Almería, por regalarme este sol de primavera

Gracias a todos.

IV. Pasado, presente y futuro

Ahora llega el momento de sentarse a recordar

Recordar… Pero mis palabras de hoy no sólo van a sobrevolar por el pasado. Aunque dediquemos todo un año a celebrar el paso del tiempo, sería absurdo pararse sólo para mirar hacia atrás; porque el agua pasada ya no mueve molino. Esta rueda que es nuestra hermandad, que somos todos nosotros, no puede pararse, debe seguir girando.

Hoy regresaremos al pasado para recordar de dónde venimos, para comprobar que la fe y la ilusión de nuestros fundadores, con la que comenzó esta bonita historia, debe seguir estando presente en el compromiso de todos; porque sin fe y sin ilusión… la rueda dejaría de girar. Hoy regresaremos al pasado para ver qué hemos sido, qué hemos hecho, hasta dónde hemos llegado; para narrar la épica de nuestras victorias, pero también para repasar nuestras cicatrices. Hoy regresaremos al pasado para agradecer a los que dedicaron algo de tiempo y esfuerzo por mantener la continuidad de una familia que nunca fue numerosa ni boyante y que en ocasiones tuvo que caminar sobre la cuerda floja de una sociedad cambiante en la que no parecía tener cabida ni sentido alguno.

Gracias a ellos, a todos ellos, los Estudiantes hoy somos lo que somos y cómo somos. Gracias a ellos hoy nos encontramos aquí, manteniendo encendida la lámpara de la fe y la ilusión primeras y un mismo mensaje que vuelve a repetirse puro y directo cada Miércoles Santo.

Pero la rueda debe seguir girando, y nuestro camino no se acaba aquí y ahora, sino que nos obliga a cuidar y conservar toda esta tradición cofrade recogida de quienes nos precedieron para entregarla pura y sin desvirtuar a los Estudiantes de mañana que ya están entre nosotros.

Esto es lo que hoy os traigo: pasado presente y futuro en una misma historia con tres perspectivas distintas, pero que señalan todas al mismo punto: el de nuestra razón de ser.

Tres momentos que quiero representar de forma gráfica utilizando elementos de nuestra propia simbología.

Decía Heráclito: “Todo cambia, todo fluye, nada permanece.” Y en estos 75 años muchas cosas han cambiado. Una de las más evidentes quizá sea nuestro escudo, que de ser un pequeño corazón de tela en cuarteles ahora es una construcción más compleja en la que destacan, por encima de todo, la realeza y el símbolo de la esperanza. Por eso hoy pongo mi mirada en el

escudo original, para intentar convertir en valioso lo que para algunos sólo es viejo.

Para mí, por encima de las palabras oración, amor y esperanza, por encima de devociones y advocaciones están los tres elementos, presentes desde nuestro origen y principio y que merecen nuestro reconocimiento y puesta en valor como símbolos cohesionadores de lo que debe ser el espíritu de los Estudiantes. Por eso me alegra que aparezcan sin complejos en nuestro cartel del 75 aniversario, obra con dos buenas lecciones implícitas: una de estética y otra de nuestra propia historia.

Así pues, Estudiantes, amplío y resalto en el fondo escondido de un óvalo de nuestro escudo estos que van a ser los iconos de mi discurso: la cruz, el incensario y el libro.

Porque seremos cruz en el pasado; incensario en el presente; palabra escrita en el futuro.

Acompañadme por este recorrido a través del tiempo...

V. La cruz, el pasado

Dijo Juan Pablo II que la cruz es la cátedra de la verdad desde la que Cristo predica la gran lección del cristianismo. Esta es una definición muy apropiada para los Estudiantes... Y es que la cruz resume toda la teología sobre Dios, sobre el misterio de la salvación en Cristo, sobre la vida cristiana.

La cruz es el símbolo de nuestra fe e ilumina toda nuestra vida; la cruz nos une, nos da esperanza y, dirigiendo nuestros pasos, nos enseña el camino de cada día. Como una cruz de guía, que primero reúne a todos los hermanos para después marcar el camino y ser seguida por todos.

En la cruz está nuestro inicio: en la fe de nuestros fundadores y en su intención de unir a todos los estudiantes de Almería en un solo cuerpo, en una sola hermandad. Aquí la tenéis; la primera cruz de nuestra historia; lo primero que vio Almería de aquellos Estudiantes que acababan de nacer. Esta cruz, documento y testigo vivo de nuestra historia, dirigió nuestros pasos durante

50 años, y ahora nos observa a diario desde su espacio en la casa de Hermandad como centinela de aquello que no debemos perder ni olvidar.

Por eso la cruz es la que nos va a contar de nuestro pasado, de dónde venimos y cómo hemos ido fluyendo a lo largo de estos 75 años.

Así que, vamos a empezar por el principio, esa historia que todos conocéis, la de unos jóvenes estudiantes ya en Granada, que en su vuelta a Almería, a sus casas, en las vacaciones de Semana Santa, plantean crear lo que en Granada no había entonces: una cofradía que aglutinase a todos los estudiantes de la ciudad. Y no debió ser muy complicado marcar los límites porque en esa época en Almería ni había tantos centros de enseñanza ni tampoco muchos estudiantes de bachiller.

El caso es que estos jóvenes, José Romero, Andrés Marín, Francisco Gómez Angulo y Juan Espinosa, el Jueves Santo de 1944 van a hablar con D. Francisco Saiz Sanz, Jefe de Estudios del instituto de Almería. Imagino que el haber sido alumnos del centro les daría el conocimiento suficiente como para saber a quién plantearle sus ilusiones, y en el instituto de entonces, tres eran las personas que podían tomar como propia aquella iniciativa de unos muchachos que volverían a Granada y desaparecerían pocos días después…

Esta es la historia real, tal y como nos la contaron sus protagonistas. Pero permitidme hoy recrearla dándole cuerpo y alma; narrarla como la escena de una novela o de una película. Dejadme que os la cuente como algo que bien pudo haber sido así, pero ya no lo sabremos nunca.

Aquella mañana de Jueves Santo cuatro muchachos enchaquetados subieron desde el Paseo y llegaron por General Tamayo a la plaza de Santo Domingo. Venían de la casa de D. Francisco, donde Mª Luisa, su esposa, les dijo que esa mañana iba a estar en el instituto trabajando. A pesar de ser festivo, D. Francisco necesitaba adelantar trabajo resolviendo algunas cuestiones y esa mañana tranquila decidió invertirla allí, en el patio donde cantaba la fuente con parábolas de agua. Esa mañana tranquila de primavera, el patio parecía más que nunca un claustro monástico, con rayos de sol reptando sobre las piedras, sin jóvenes en los bancos, con silencios en las aulas y las galerías, sin nada que distrajera, con aromas dulces de celindos y de naranjos en flor…

Los 4 jóvenes, encomendándose a la Virgen del Mar, se acercaron a la puerta cerrada del instituto y, tragando saliva, la golpearon con relativa fuerza.

Esperaron medio minuto y con más timidez volvieron a llamar. De pronto, se oyó esa voz profunda que retumbaba por las columnas del patio diciendo: "Ya vaaa".

No era famoso por su dulzura ni simpatía, al contrario, siempre regañaba a los estudiantes antes de que llegaran a propasarse lo más mínimo… Él era José López, aunque su ostentoso mostacho hacía que todos, dentro y fuera del instituto, lo conocieran por "Pepe Bigotes". Pepe Bigotes era el conserje del centro, un privilegiado por vivir en él.

Pepe, en cuanto los vio, los reconoció como antiguos alumnos del centro y les preguntó qué hacían allí, a lo que ellos contestaron: "Queremos hablar con D. Francisco y su esposa nos ha dicho que se había venido al instituto a trabajar". Pepe los miró de arriba abajo, acarició su bigote pensando, y les contestó con voz grave: "Esperad aquí, voy a avisarle"… Y desapareció.

A los pocos minutos regresó al zaguán de la puerta donde esperaban los cuatro muchachos y les dijo: "D. Francisco dice que está ocupado, pero si es muy importante lo que tenéis que decirle, subid a su despacho". Y subieron, y Pepe Bigotes los siguió con la mirada mientras se acariciaba el mostacho y entraba a su casa de la conserjería.

Una hora más tarde D. Francisco bajaba diligente con los jóvenes y mientras se colocaba el sombrero, Pepe el conserje se asomó por su puerta al zaguán.

—Pepe, me voy [—le dijo D. Francisco.]

— ¿Va a volver usted, D. Francisco? —Preguntó Pepe [Bigotes.]

— No lo sé —respondió el jefe de estudios—. Voy a la calle Real a ver si veo a D. Andrés en su casa, o en la Catedral. Todo depende de lo que me entretenga, aunque conociendo a D. Andrés, nos pondremos a hablar y ya no me dejará tiempo para volver. Así que, si no vuelvo, nos veremos ya por Pascua Florida.

—Descanse usted, D. Francisco —dijo despidiéndose el conserje. Y se sorprendió, porque parecía que la conversación con los muchachos le había dibujado al catedrático un brillo de ilusión en los ojos…

Y así empezó todo.

Ayer se cumplieron 75 años de aquella mañana de Jueves Santo en la que Pepe Bigotes, mi bisabuelo, abrió las puertas del instituto a la intención de aquellos primeros estudiantes.

Y hoy, 75 años después, soy yo, su bisnieto, el que vuelve a abrir unas nuevas puertas. Pero ya no sois 4, ni 40, ni 400... somos más.

Adelante Estudiantes, pasad. Ahora soy yo el que os abre las compuertas del tiempo, de la herencia, de la esencia, de la vida y del recuerdo. Arriba, en el despacho, os esperan D. Francisco, D. Andrés y alguien más. Adelante, Estudiantes, sin complejos, que los años son muchos y la memoria difumina sus recuerdos... y hoy hay mucho que recordar y rescatar del olvido.

Don Francisco llegó a ser nombrado director del instituto en otoño del 44, cuando ya era hermano mayor de los Estudiantes y la cofradía estaba empezando a funcionar. Y lo primero que hizo fue elegir un equipo entre el claustro para intentar renovar y combatir el inmovilismo de una parte de él. Uno fue Don Andrés Pérez Molina, pilar fundamental de nuestra cofradía, y la otra, nombrada Jefa de Estudios, fue Celia Viñas, de la que nunca pensamos que tuviera mucha relación ni influyera en nosotros, pero sólo ha sido necesario arañar un poco para descubrir que ella, entre bambalinas, debió ser pieza clave en nuestros orígenes.

Creo que es de justicia y hoy es el momento de incluir a Celia Viñas como vértice en el triángulo que dirigió los primeros pasos de nuestra cofradía porque ésta, al fin y al cabo, era una extensión devocional de lo que se vivía en el interior del centro. Ella, una mujer de profundo sentido religioso y enamorada de su profesión de docente, debió animar y apoyar a sus alumnos en esta empresa y, cuanto más lo pienso, más peso toma mi sospecha de que bien pudo ser ella la que propuso nuestro lema, porque la libertad fue su cruz en la Almería de entonces. Quizá sea el momento de trabajar en este tema y recopilar todos sus escritos referidos a los Estudiantes, porque ampliarán la visión de lo que hasta ahora conocemos.

Por ahora solo algunas pinceladas. Y es que Celia fue la primera en referirse al Señor de la Oración como “el Maestro”. Así queda patente en un texto de 1946 en el que se refiere a los Estudiantes diciendo:

“Su Señor es el maestro que encontró dormidos a sus discípulos mejores, y su Virgen la del Amor Hermoso Virgen sola de delicada tristeza –sombra de plata de unos olivos a quien acompañamos…”

Y así lo hizo, acompañó a la Esperanza en su primera procesión de aquel año y, como dejó escrito: “Bueno y yo… que me puse mantilla y fui a la procesión y dejé a la gente con un palmo de boca abierta…” Celia siempre refiere a nuestra Esperanza como Virgen del Amor Hermoso, y no como del Amor a secas. Quizá fuera por minimizar ese riesgo latente que siempre nos explicaba D. Andrés, de que en aquella época, se malentendiera el significado de amor, estando más cerca de lujuria que de caridad y pudiendo sonar escandaloso en según qué oídos.

Por último, en 1954, estando ya bastante enferma y guardando reposo en cama, escribió en una carta: “No me atrevo ni a soñar que me dejen ver la Procesión de los Estudiantes con la Virgen del Amor Hermoso y de la Esperanza”.

Y no hay más que decir… Gracias por querernos tanto, Celia. Me siento satisfecho de darle su hueco entre nosotros, con sus estudiantes, su cofradía y con el hermoso amor de nuestra Virgen. Porque usted siempre estuvo entre nosotros, no fue alguien ajeno; por eso el tiempo nos puso a todos en nuestro mismo sitio y, ya entrados los 80, volvimos a compartir versos de jacarandas en flor en la Plaza Bendicho. Gracias de nuevo, señorita Celia, muchas gracias.

Este fue el principio, y nos han llovido ya 75 primaveras desde entonces…

Pero la vida nunca es una línea ascendente, ni siquiera estable, constante. Más bien resulta ser como una onda donde se alternan altos y bajos, y tras momentos álgidos, vienen otros sombríos para, llegado un momento, volver a ascender, a resurgir. Y vuelta a empezar.

Nadie escapa del poder de este ciclo, tampoco nuestra hermandad. Y si nos miramos a nosotros mismos con sinceridad, descubriremos que en nuestra historia se repiten parábolas pronunciadas, cambios radicales.

Pero a pesar de todos ellos, es innegable la importancia y la influencia de los momentos de altura que han protagonizado los Estudiantes. Los más mayores sabrán de ellos, incluso puede que hayan vivido algunos, o muchos según sus

años. Sin embargo, para los cofrades más jóvenes, tal vez sólo seamos una más de las muchas hermandades que hoy conviven en nuestra Semana Santa… Y no debería ser así. Estudiantes es mucho más y, aunque sólo sea por su antigüedad, merece respeto.

El respeto que dan la edad y la experiencia de lo vivido, el respeto que merece una de las cofradías vivas más antigua en una ciudad en la que su número siempre fue escaso, aunque quizá proporcionado a sus dimensiones y al fervor religioso de sus gentes. No quiero que vean a los Estudiantes como una más, porque no lo somos. Porque nuestra Semana Santa de hoy debe en gran medida lo que es a los Estudiantes.

D. Andrés Pérez Molina siempre hacía hincapié en que los Estudiantes propiciaron el desarrollo de la Semana Santa de posguerra, porque supusieron una bocanada de aire fresco en el panorama cofrade de la Almería de los 40. Y esta capacidad de influencia ha continuado a lo largo de los años. Por eso…

Quiero que los jóvenes cofrades de Almería reconozcan a la Cofradía de Estudiantes como innovadora y renovadora de la estética en varios momentos de su historia. Y el primero sería a sus inicios, cuando fuimos infieles a nuestro principio de que todo estuviese hecho en Almería y llega ella, la Esperanza, directa desde Sevilla, tan lejana entonces… Y si esa cara no llamaba la atención por sí sola, la presentamos bajo palio, el primero que pudo admirarse en Almería. José López Gay fue el ideólogo de este paso y de aquella legión de soldados romanos que participó en las procesiones de los años 50 y ocasionalmente en los 70.

Quiero que los jóvenes cofrades reconozcan a la Cofradía de Estudiantes como ejemplo de fidelidad a esta ciudad y a su Semana Santa, porque fue la única cofradía que continuó saliendo en procesión en los críticos años 70, porque llegó a rebelarse contra los poderes políticos y eclesiásticos que pretendieron borrar todo vestigio de lo cofrade en nuestra ciudad. Es la segunda mitad de los 60 y los 70, cuando los Estudiantes han venido a recalar a manos de jóvenes, tan jóvenes que algunos no son ni mayores de edad. Son los años de Andrés García Lorca, José Luis López Gay, Pedro Pavón y Luis Orts, y en los que no se cuenta con más avales que los aportados por el arrojo de su juventud. Fueron los años del boom del cine en Almería, cuando la Virgen del Amor y la Esperanza participó como figurante en una película para poder

pagar así muchos gastos pendientes; fueron los años en los que había que coger con nocturnidad las pocas flores de los resecos jardines de Almería porque no había para nada más.

Quiero que los jóvenes reconozcan a la cofradía de Estudiantes como una simbiosis entre maestra y mecenas porque en aquellos años de pobreza, cuando todo se extinguía y parecía no haber remedio alguno, ella fue el único rescoldo donde arrimarse para aprender y tomar nuevos impulsos. Como una madre, Estudiantes acogió a todos aquellos jóvenes huérfanos de cofradías para que años después resucitaran a las hermandades desaparecidas.

Quiero que los jóvenes reconozcan a los Estudiantes como un referente, santo y seña de hermandades, espejo en el que mirarse y patrón en el que medirse en muchos momentos de su historia. Cantera de cofrades cabales que ha aportado a nuestra Semana Santa seis presidentes y dos consiliarios para la Agrupación de Cofradías, además de numerosos hermanos y hermanas que se criaron y formaron en sus filas, aunque el tiempo y las circunstancias los llevasen a seguir trabajando en otras hermandades.

Quiero que reconozcan a los Estudiantes como los impulsores de la gran renovación estética que llegará en los primerísimos 80 cuando un viaje a la aún lejana Sevilla les hará contemplar las maravillas que al instante querrán ver en su hermandad. Y gracias a ese empeño llegan a Almería a través de los Estudiantes las primeras piezas de orfebrería con las que construir un nuevo palio; palio en el que desaparece la luz eléctrica para que sólo ilumine la cera, tronos que eliminan las ruedas para que sean llevados por hombres. Y así comienza la aventura costalera en Almería, de la que fuimos responsables en gran medida.

Y fue en este tiempo de despegue vigoroso y definitivo cuando un niño de la Almedina se acercó con curiosidad a los Estudiantes, un niño de la Almedina que quería ser cofrade a pesar de no tener referente alguno en su familia, sólo la religiosidad de su madre que, de la mano, lo llevaba a las procesiones de aquella Almería de los 70; un niño de la Almedina que, influido por sus compañeros del colegio que vivían por la Catedral, o arrastrado por la excitación de su hermano y su vecino, enrolados en la loca aventura de llevar sobre los hombros un paso, fue acercándose poco a poco a esta cofradía.

Aún recuerdo como si fuera ayer la tarde que recogí por primera vez una túnica, aunque ya llevara tiempo queriendo sentir su tacto en mi piel. Recuerdo la habitación de la casa de la Catedral, el cartón para hacer capirotes y el ajetreo de los cofrades. Recuerdo los nervios de aquel primer Miércoles Santo, el día que empezaba la Semana Santa, porque los anteriores pasaban vacíos y huérfanos. Recuerdo que los nervios me quitaron el hambre y mi madre me obligó a comer antes de irme porque acabaría tarde; recuerdo despedirme y andar ligero por San Telmo vistiendo una túnica negra que olía a recién planchada con mimo; y toda la ilusión dibujada en un rostro que se acercaba a la catedral emocionado con la idea de ocultarlo bajo el raso rojo. Recuerdo el primitivo sonido de la música y los primeros pasos que nos llevaron a cruzar bajo el arco de la plaza vieja y bajar toda la calle Real, mientras mi madre me buscaba como a un nazareno en la calle de la Amargura para preguntarme si iba cansado. Pero no; era tanta la emoción que nada me habría alejado de mi cruz ni de mi fila. Hay situaciones que se quedan grabadas a fuego y podría decir que de mi primera procesión lo recuerdo todo, menos los años que tenía. Dice mi madre que eran muy pocos, tan pocos que hoy no se me habría permitido salir. Pero yo lo hice, solo; y fue una experiencia tan rica en sensaciones y tan gratificante que ya esperaba con ansia poder salir un año después.

Y es que se veía venir que aquel niño de la Almedina llegaba para quedarse en esta hermandad que… terminó haciendo suya.

Cualquier tiempo pasado siempre fue peor… pero cómo lo vivimos, cómo lo compartimos, cómo lo saboreamos, cómo lo sufrimos y, a veces, muchas veces, cómo lo añoramos. Todo estaba empezando a brotar con vigor, pero poco había fuera de lo contenido en el viejo arcón de madera. Vivíamos de prestado en salones de la Catedral donde igual se reunía la directiva que se cortaban telas o se daban clases de sevillanas para recaudar fondos. Allí fue donde descubrí que podía bailar y los primeros tablaos fueron la cruz de mayo en la UNED o la caseta de feria en el puerto. El paso de la Oración se conservaba milagrosamente en el almacén de las serrerías López Guillén en el Parque y desde allí partían los primeros ensayos que cruzaban la carretera hasta sentirse minúsculos en la gran explanada del puerto y bajo las naves de los tinglaos. La gente que se cruzaba con aquel enorme mueble de caoba y pintura dorada llevado a hombros por chavales miraba aquel espectáculo como algo surrealista… y es que, entonces, lo era.

La necesidad de espacio propio para poder acoger al grupo humano que iba creciendo en número y actividad, nos llevó a una casa antigua en Gutierre de Cárdenas donde se hicieron las primeras flores de cera con moldes de madera, y lo mismo se fabricaban flores de papel de seda para adornar la cruz, que se limpiaba con dentífrico la corona de Seco Velasco o se montaba el palio en la puerta, cortando una calle que considerábamos nuestra. De allí a la plaza Bendicho, junto a la imprenta que era capaz de plasmar sobre papel todas las ilusiones de entonces, en los jardines donde todos jugamos, en el lugar donde montamos nuestro primer Belén, donde se enseñaba a tocar la guitarra, o donde los niños podían dormir arropados bajo el manto de la Virgen. Entre Bendicho y la torre pasábamos noches enteras limpiando faroles, pintando cruces o rebajando velas. En el camino de Bendicho a la torre fuimos creciendo y madurando, como cofrades y como personas; entre idas y vueltas y viajes a por tornillos fuimos descubriendo el significado de la amistad y del amor.

Imagino que muchos de vosotros estaréis recordando con cariño algunas de estas situaciones y seguro que en más de una reconoceréis a aquel Antoñillo que pululaba cercano, con los ojos bien atentos, con ganas de ayudar, con la única intención de ser uno más de vosotros y de trabajar por su Hermandad. Las cofradías tienen entre sus manos posibilidades muy potentes que no siempre conocen ni cuidan, y es que pueden ser verdaderas escuelas para todos los que a ellas nos acercamos, fundamentalmente los más jóvenes. Yo no he conocido mejor escuela que vosotros Estudiantes, porque entre vosotros y de vosotros he aprendido mucho más que conocimientos teóricos; de vosotros y con vosotros he aprendido a trabajar a cambio de nada y hacerlo en equipo, a relacionarme con cientos de perfiles humanos distintos, a saber qué debe hacerse y cómo debe hacerse, -y también todo lo contrario… He aprendido a convivir, a respetar… y además a perdonar; porque las enseñanzas no siempre han sido sobre bases positivas y también lo negativo, que inevitablemente estará presente, debe ser base de aprendizaje. Gran parte de lo que soy y lo que sé os lo debo a vosotros, a todos y cada uno de vosotros que me habéis enseñado con vuestros gestos y consejos, con vuestras palabras y experiencias, con vuestras manos y vuestros abrazos. Gracias por ser escuela de hombres y mujeres; yo sólo espero ser útil como transmisor de valores y conocimientos, porque tenemos mucho que enseñar, pero también hay que estar abiertos a seguir aprendiendo.

Vuelvo a planear sobre la plaza Bendicho, donde vivimos largos años con momentos dulces de alegría y satisfacción, pero también otros amargos y dolorosos. Bendicho fue lugar de encuentros y desencuentros, de replantearse el camino, de caer y volver a levantarse y seguir, despacio, poco a poco... hasta llegar a celebrar el 50 aniversario, que parece que lo vivimos ayer, pero que se aleja llevándose tras de sí un tercio de nuestra vida juntos. Después llegaron más momentos, como la desoladora imagen y el fuerte olor de la Catedral tras el incendio - jamás olvidaré ese olor- y a pesar de todo, debemos dar las gracias por lo que no llegó a suceder. Y hoy además doy las gracias por todo lo que vino después, porque Dios escribe con renglones torcidos y los gritos negros de aquellas llamas nos condujeron al silencio blanco de Las Puras. Allí, donde el tiempo se detiene y el verbo acoger se conjuga por activa y por pasiva, allí donde el silencio es capaz de cantar a los oídos, allí fue el lugar donde algunos aprendimos a orar, a respirar profundo, a compartir en comunidad, a vivir nuestra fe con más sinceridad. Y así, casi sin darnos cuenta, con idas y venidas, con aciertos y con errores, pero quiero pensar que siempre con la mejor intención, hemos llegado hasta aquí.

Me gustaría poder regalaros todos los recuerdos, todas las vivencias, todas las sonrisas,... pero para mí es imposible poder condensar en unos cuantos párrafos toda mi vida, vivida entre vosotros y con tanta intensidad; imposible mencionar los nombres de todos los que andáis presentes en mis recuerdos y que merecéis un guiño de palabras. Sólo espero que os sintáis partícipes de alguno y os veáis reflejados en él formando parte de esta historia que entre todos hemos tejido como una pleita de esparto; una historia que no es épica y que nadie estudiará, pero que es la nuestra, la de todos los Estudiantes.

Sólo hay un hombre y un nombre que no puedo dejar de pronunciar. Porque fue un segundo maestro la mayor parte de nuestra vida y porque la Semana Santa de Almería se lo debe casi todo. Otro Estudiante de peso que dejó un amplio legado... Nunca dejó indiferente a nadie: o se le amaba o se le odiaba -también en las cofradías-, y creo que en el fondo no le preocupaba lo más mínimo, porque su prioridad estaba en hacer valer la religiosidad popular y en legitimar a las hermandades como órganos vitales dentro del cuerpo que es la Iglesia. Y aunque no pronuncie su nombre todos estáis viendo al hombre ¿no es así? Gracias D. Juan López por su paciencia, dedicación y cariño más que evidente.

Y esta cruz, cátedra de la verdad, que es nuestra historia avanza en su larga procesión de años y años para acercarnos a él, al Señor de la Oración.

VI. Los ojos de la nostalgia: meditación para el Cristo de la Oración

Cuantas vueltas da la vida, Señor, cuantas vueltas…

Tú sabes mejor que nadie cómo llegué a ti. Yo me acercaba buscando un lugar blanco y verde donde estrenar mi ansia por salir de penitente y, antes de desilusionarme, tu intención me susurró: "Pasa. Conmigo, delante, siempre hay sitio". Y pasé. Pasé sin darme cuenta siquiera de que ya no había marcha atrás. Pasé y me quedé para no buscar fuera de los tuyos ni otro espacio ni otro color. Pasé al lugar que me cediste y en él permanecí más por necesidad que por convencimiento, hasta que el tiempo, que todo lo pone en su sitio, me dejó colocado en ese hueco para que cualquiera confunda donde empiezan y acaban el lugar, la función y la persona.

Ahora que el tiempo ha pasado y ha mezclado colores para darnos aquellos que al principio buscaba, ahora que me he dejado amasar con el tacto dulce de tus dedos, ahora, ya nadie puede separarme de ti. Porque me has visto crecer y madurar; porque has recibido las gracias de algunos de mis triunfos, pero te has bebido una a una las lágrimas de todas y cada una de mis derrotas. Siempre detrás, siempre a la sombra… pero siempre ahí, cercano, rozándome con la suavidad de las yemas de tus dedos.

Hay algo misterioso en ti, Señor, que no logro explicar, porque no puedo entender cómo un rostro tan dulce es capaz de ocultar tanto dolor. Y quizá sea precisamente ese misterio lo que me mantiene cerca, como un ángel sin cáliz, como un ángel sin alas. Fruto de tu época y siempre a contracorriente de la estética cofrade, has sido capaz de resistir a las modas, defendiendo tu imagen hasta hacerte ocupar el merecido espacio de respeto que hoy te envuelve. Y creo que el motivo está en la mansedumbre de tu rostro, que se multiplica y atrapa en las distancias cortas, cuando te muestras más cercano los días de traslado o besamanos.

Que difícil tu oración en Getsemaní, que trago más amargo te rompió por dentro hasta dejarte extenuado, inerte. Y ese es precisamente el momento

que nos muestras, cuando en tu lucha interior ha vencido la voluntad del Padre y ese malestar acaba… porque ya sabes y aceptas que empieza tu fin. Por eso tu cara refleja la serenidad de quien lo ha intentado todo para, al fin, dejarse llevar: frente y cejas relajadas; labios cerrados suavemente para poder tragar saliva, y ojos dibujados en una suave línea convexa, ojos de profunda nostalgia que miran a donde tú quieres que miremos: siempre al Padre. Quien sea capaz de atravesar la nostalgia de tus ojos, Señor, ya no podrá alejarse de ellos nunca.

Tus ojos… y tus manos; manos finamente modeladas, correctas y discretas, sin estridencias, pero llenas de un poder que se exhala por cada poro de las gastadas veladuras, un poder que nos hace confiar en ti. Porque "De ti proceden la riqueza y el honor; tú lo gobiernas todo. En tus manos están la fuerza y el poder, y eres tú quien engrandece y fortalece a todos" (1 Crónicas 29:12).

Eres tu quien engrandece el Miércoles Santo, Maestro de melancolía en los ojos; tú quien nos fortaleces con tu sola presencia. Porque tú eres la Oración, y la oración ya sabes que para mí es fuerza, es luz y es calor.

Por eso te esperan a las puertas de la Catedral, cuando suena "Orantes ad deum" y tu silueta imponente asoma. Para que generoso regales grandeza y fortaleza a quien te mire. Nadie lo dice pero todos los corazones gritan:

¡Rompe la Oración!, cuando el olivo emerge y se alarga, y altanero señorea por una plaza que lo admira cada año, viéndolo cimbrar acompasado al vaivén verde y plata de sus hojas.

¡Rompe la Oración! Cuando se presenta en las Puras a bendecir el lugar y a bendecir a las monjas que no tienen más afán que rezar y rezar todas las oraciones que en algunos lugares se quedaron sin pronunciar y en otros son necesarias.

¡Rompe la Oración! Por la Almedina, cuando, al compás de una marcha que sabe a verso de Lorca, el Señor alarga su mano derecha diciendo:

Cógeme la mano, amor, / que vengo muy malherido, / herido, / de amor huido. / Herido, / muerto de amor.

¡Rompe la Oración! En el Paseo de San Luis, cuando el pasaje se siente orgulloso de su nombre porque quien le da su nombre pasa, y el puerto lo

mira y recuerda y con las grúas le lanza bocanadas de mil aromas hechas de sal y de agua.

¡Rompe la Oración! En el cáncer, porque hay demasiadas oraciones por su culpa y aunque es la Virgen la que en sus manos acoge y consuela, cada golpe de la salamandra es una bofetada a la enfermedad, al dolor, a la pena; cada golpe de la salamandra es un nuevo canto, hecho oración, a la esperanza.

¡Rompe la Oración! Y tanto rompe, que Almería entera ya está rota, rota bajo la mirada dulce de los ojos de la nostalgia, rota de orar con cada hermandad a las puertas de su templo, rota por sentirse pies del maestro en cada chicotá emocionante, rota rezando con cantes sentíos hasta quebrarse la garganta, rota por querer ser perro alano, tumbado y fiel a sus plantas.

Y vosotros, durmientes ¿cómo vais a seguir a la Oración con los ojos cerrados? La noche del Miércoles Santo ya no es silente y callada como cantaba Rafael, el primer pregonero. Ahora es noche bulliciosa, de alegría de cofradías, de calles inundadas por mucha, mucha esperanza, de esquinas que quedan marcadas, impregnadas de fuerza, de luz y de calor cuando por ellas pasa la Oración. Por eso, durmientes, ¿cómo vais a poder adormeceros en esta noche? ¿Cómo vais a poder cerrar los ojos después del encargo de velar y orar que os hizo el Maestro? ¿Cómo vais a poder dormir con la música que va detrás y la colla que va debajo?

Que buena compañía viene para reforzar tu mensaje del poder de la Oración: San Pedro, la fuerza; Santiago, el calor; San Juan, la luz…

Y yo la cruz, delante, para que no te pierdas entre los bancales del huerto. Y tú detrás, siempre orante, acogiendo nuestras oraciones y enseñándonos a todos como hacerlo. No me faltes nunca Señor, y no me dejes que me aleje más de lo necesario, para que no se rompa la procesión de toda nuestra vida.

VII. El incensario, el presente

Como canta el salmo: “Suba mi oración como incienso en tu presencia, y mis manos alzadas, la ofrenda de la tarde” (Salmos 141:2)

Volvemos a nuestro escudo primitivo, y bajo la cruz encontraremos el incensario que eleva su nube gris de fragancia hacia el libro. El incensario es la imagen del presente, es el final del camino recorrido, es la realidad que ahora vivimos. El incensario es el icono de lo que somos aquí y ahora.

Y quiero encenderlo hoy ante vosotros como metáfora del sentido de hermandad. Para hacerlo sólo necesito dos cosas: brasas de carbón y, de cuando en cuando, un poco de incienso para que de esa combustión surja humo fragante dispuesto a atrapar a los sentidos. Los carbones encendidos vienen a ser todas las ilusiones que ponemos en nuestra hermandad; son todo aquello que compartimos, lo que anhelamos, lo que somos. Pero el carbón por sí solo no hace nada, sólo consumirse; necesita del incienso para quemarse juntos y cumplir su cometido. Así, cada grano de incienso que cae al carbón somos uno de nosotros invirtiendo nuestras fuerzas para trabajar en las ilusiones comunes, granos de resinas distintas, de esencias diferentes que van cayendo a la cazoleta para fundirse juntos y crear un aroma único, un olor caleidoscópico hecho de pedacitos de todos. Y cuando humo y fragancia comienzan a desaparecer, sólo es necesaria una cucharada más de incienso, una nueva generación que siga fundiéndose en el carbón para seguir aromatizando hasta el último rincón. Y así, mientras haya carbón de ilusiones compartidas y granos de incienso como hermanos dispuestos a trabajar por ellas, este incensario que es la hermandad podrá mantenerse encendido a lo largo y ancho del tiempo; 75 años… y otros tantos si así Dios lo quiere.

Este es nuestro presente, heredado en gran medida del talante del pasado. Presente en el que queremos seguir siendo una hermandad de espíritu joven, abierto, dinámico, de mentalidad despierta y renovadora, pero con la seguridad y el empaque que sólo proporcionan los años y la experiencia de una vigorosa historia.

Por eso, este debe ser el mejor momento de dar las gracias. Dar las gracias a todos aquellos granos de incienso que se han ido consumiendo durante todo este tiempo para llegar a ser lo que somos hoy. Algunos, aceites esenciales que se consumieron pronto; otros, resinas duras que aún siguen sin consumirse al calor de las brasas. De una forma u otra, gracias por fundiros en nuestro incensario y por aportar aroma a nuestro mensaje de cada primavera.

Gracias a todos los que habéis invertido vuestro tiempo y esfuerzo en esta Hermandad y gracias a todos los que facilitáis que otros lo hagan. Por poco que sea, tiempos y esfuerzos de muchos es mucho tiempo y esfuerzo.

Gracias a todos los que dais un paso al frente y decidís formar parte de esta gran familia como hermanos, a los que ser amigos o simpatizantes se os queda pequeño y queréis reforzar este vínculo que os une a los Estudiantes.

Gracias a los hermanos que permanecéis fieles a la Hermandad pase lo que pase y a pesar de los altibajos, de las ondas del tiempo; gracias a los que os habéis mantenido a lo largo de los años y llegáis de épocas en las que ser cofrade no era algo popular.

Gracias a los que en algún momento habéis adoptado puestos de responsabilidad en la Hermandad, desde Hermanos Mayores hasta minúsculos diputados. Gracias por vuestra entrega y generosidad puesta al servicio de todos.

Gracias a todos los que participáis activamente cada Miércoles Santo procesionando con la Hermandad, porque ese es el momento en que somos más Estudiantes que nunca y el movimiento y la querencia se demuestran andando... de verde y de blanco.

Gracias a las que acompañáis a la Virgen envueltas en la penitencia negra de la mantilla. Gracias por no dejarla nunca sola; ni antes, cuando la falda subía de la rodilla, ni ahora que todas las calles resultan cuesta arriba. Gracias por cuidar de ella, y de todos, tan bien como lo hacéis siempre.

Gracias a los que un día perseguisteis la, para algunos, loca idea de que era posible soportar el peso de los pasos y, sin mucha técnica y con todo por aprender, os aventurasteis a conseguirlo. Gracias por demostrar que era posible y por seguir trabajando, enseñando y conviviendo con nuevas generaciones hasta llegar a lo que hoy se vive bajo los pasos de Estudiantes. Gracias por vuestra devoción y por dar vida a los de arriba.

Gracias a todos los que habéis participado y participáis en nuestras procesiones del Miércoles Santo, gracias sobre todo a los penitentes de antes y a los nazarenos de ahora, porque sin vosotros, sin vuestra cruz ayer, sin vuestra luz hoy, el camino de la hermandad sería frío y oscuro. Gracias porque, a pesar de ser casi invisibles para todos, estáis ahí siempre, presentes en filas

que vienen a ser como largos brazos que abrazan y acogen a la hermandad entera; presentes con el esparto ceñido para que no se olvide que en la penitencia está nuestro verdadero sentido. Porque en el fondo sólo somos eso: una hermandad de nazarenos

Gracias a todos los que colaboráis con los Estudiantes de las mil formas posibles para que podamos seguir adelante con nuestros trajines y nuestras ilusiones. Gracias por apoyar a estos locos que nunca aprobarán la reválida para seguir siendo siempre lo que son: Estudiantes de oficio y de corazón.

Y para poder disfrutar aún más de este tiempo de celebración que vivimos, además de dar las gracias, es importante estar en paz de puertas adentro, pero más aún de puertas afuera, por lo que también es momento de perdonar y de pedir perdón. Pedir perdón no porque estemos equivocados y sea el otro el que tiene la razón; pedir perdón porque valoramos una relación o una amistad más que nuestro propio ego. Y como alguien tiene que dar el primer paso, en mi nombre y en el de los Estudiantes pido perdón a todos aquellos a los que en algún momento hemos ofendido o que por alguna circunstancia se sienten ofendidos. Perdón porque seguro que merece la pena volver a mirarnos a los ojos, reencontrarnos e intentar que afloren los sentimientos de cariño sincero que hubo en su día. Si en el fondo nos queremos ¿por qué seguir distantes? Vamos a intentar acercar los caminos que un día nos separaron; vamos a darnos otra oportunidad para volver a caminar juntos; vamos a sentarnos a pensar y buscar el bien común, con visión de conjunto y en beneficio de todos.

Y ahora, si aceptas estas disculpas, estrechemos nuestras manos y recobremos todo el tiempo perdido, que tenemos muchas cosas de las que hablar y mucho trecho por el que avanzar… No perdamos más tiempo ni esfuerzos, e intentemos invertirlo en algo que merezca la pena y que permanezca, para nosotros mismos y para los demás.

VIII. Eres mi debilidad: declaración de amor a la Virgen del Amor y la Esperanza

Que no falte nunca entre nosotros el amor. Ni tampoco la esperanza.

Por eso me acerco a ti. A quedarme, como siempre, sin palabras cuando te miro.

Por eso, quizá la mejor forma de empezar sea rezándote diciendo:

Dios te salve María, de amor y esperanza plena. Corazón inmenso; ancla, timón y velas de nuestra singladura. Dios te salve. Porque Dios está contigo, porque el Señor está en ti. Y por eso eres bendita una y mil veces; antes, ahora y siempre. Porque el amor de Dios se alimenta en tus entrañas y te hace ser portadora de un bendito mensaje de esperanza para toda la humanidad.

Dios te salve Santa María, Madre de Amor y de Esperanza, madre de Dios y madre nuestra. Ruega por todos nosotros, penitentes en la procesión de una vida toda, ahora y en el momento en que, de recogida, traspasemos el dintel de la puerta eterna. Amén.

Si yo hubiera sido Gabriel, esto sería lo que te habría dicho, pero sé que, en el mismo instante de verte, me habría quedado, como siempre, sin palabras y embobado mirándote…

Todo querer siempre tiene un principio, un punto de partida, aunque yo nunca he contado cómo te conocí. Y podría hacerlo de mil formas distintas, pero ninguna sería tan sencilla y dulce como esta que hago mía, porque cuenta exactamente lo que sucedió. Y es que…

Fue sin querer, es caprichoso el azar

No te busqué ni me viniste a buscar

Tú estabas donde no tenías que estar

Y yo pasé, pasé sin querer pasar

[y el azar seguía jugando]

… hasta que me miraste tú.

[y en ese instante todo se detuvo]

Tanto tiempo esperándote, tanto tiempo esperándote

Ya lo sabes, todo fue sin querer… hasta que me miraste tú.

Por eso:

No hay nada mejor que perderse en tus ojos, Esperanza. Nadar en el agua castaña de tus pupilas y sentarse a descansar al abrigo de tus pestañas. Nada mejor que perderse en tus ojos para encontrarse a uno mismo, para hallar la calma en la tormenta del alma, para soñar que todo es posible. No hay nada mejor que esperar tu mirada directa, mi vida, para estar seguro de que me sigues queriendo; nada mejor que perderse en tus ojos para que sepas que te quiero, aunque sea tan tonto que lo único que haga sea eso, embobarme mirándote durante mucho tiempo, durante todo el tiempo. No hay nada mejor que perderse en tus ojos, Esperanza; y ahí quiero estar siempre, nadando desnudo en la piscina milagrosa de tus lágrimas.

Creo que no hay dudas: eres mi debilidad. Y este cariño que te profeso, este amor de una vida condensado, aunque siempre se mantenga fiel, ha ido variando a lo largo del tiempo. Antes te amaba con la vehemencia que dan los pocos años, con el frenesí desmedido de la juventud; ahora, mi amor es sosegado y maduro, constante y seguro de unas raíces que se hunden en lo más profundo de mi alma. Ahora lo veo todo desde otra perspectiva, donde no me interesan reinados ni señoríos; lo importante es que aquí (Corazón) la que manda eres tú: reina de este corazón y de esta alma amante; reina de la devoción apasionada de todos los Estudiantes. Tú, mi Amor, se siempre nuestra Esperanza y no permitas que se rompan nunca los vasos comunicantes que llenan de ti nuestros corazones.

Sólo hay un momento en el que soy el Estudiante más distante, el más alejado de ti, el que nunca puede verte. Pero a pesar de la distancia te presiento y me emociono pensando que te deslizas por la plaza mirando a los ojos al gentío que se arremolina para gritarte ¡guapa!, para decirte tres veces ¡bonita! Y para pedirte todo lo que sea menester, que en ese pecho tuyo hay cabida para gracias, para risas y para llantos. Me emociono al imaginarte revirando con punteos de guitarra que suenan a oración flamenca, a momento consagrado en la calle de Valente que te despide regalándote en versos el mejor de los atardeceres. Me emociono al soñarte triunfal, buceando en un mar de pétalos que vuelan libres a tu aire desde los terrados de la devoción. Me emociono al recordarte como te vi la última vez, sobre tu paso de palio, con toda la candelería hecha llama de luz apasionada, con la dulzura en tus labios y en el rubor de tu cara, con las flores rezumando primavera engalanada que se torna

en rosas rojas para quedarse a tus plantas. Y con tus manos me avisas, y con tus ojos me llamas…

Y yo, como un tonto, vuelvo a quedarme sin palabras…

Y sólo acierto a decirte: "Que hermosa vienes, Madre mía; a poco que tu pidieras, todo yo te lo daba"

La procesión figurada en mi imaginación acaba. Tú regresas y todo vuelve a su sitio.

Y me despido de ti, como cualquier madrugada de Miércoles Santo, cuando la cofradía se ha recogido y en la catedral apenas queda un murmullo de recuerdos de las horas gloriosas que has vivido. Cuando las bambalinas cesan su balanceo y las campanillas se duermen vencidas por la gravedad; cuando los pabilos, borrachos de cera, se apagan felices de haber lucido; cuando las rosas blancas, nerviosas, sueñan con ser la escogida para volver a consolarte. Me despido de ti cansado, por todo lo recorrido, sentido, vivido y compartido. Me despido de ti dándote las gracias y pidiéndote un beso de buenas noches que durará todo un año. Me despido de ti en silencio, a oscuras, buscando esos ojos que brillan ahora más que nunca. Y entonces, asomado al balcón de tu entrecalle, me despido diciéndote:

Nada sabe tan dulce como tu nombre, Esperanza. Azúcar y canela que al llamarte tornan el aliento amargo de mi boca; almíbar puro en los labios resecos cuando te invoco y lo pronuncio… Nada sabe tan dulce como tu nombre, cuando lo leo sobre las olas de encaje de tu pecho, o lo recito en los miles de versos que solos afloran y al instante olvido. Nada sabe tan dulce como tu nombre, porque las nueve, nueve letras de tu nombre son de leche y miel. Nada sabe tan dulce como tu nombre, Amor…

Sólo una cosa más te pido:

El día que para mí no exista el tiempo, el día que mis ojos no vuelvan a abrirse, deja que mi alma se quede orando, amando, y esperando que la única puerta que me quede por tocar, seas Tú quien me la abra.

IX. El libro, el futuro

Llegamos ya casi al final. O al principio, según se mire… Porque llegamos ahora al tiempo que nos queda por vivir.

El libro es el símbolo que presenta el futuro, un futuro incierto y cambiante al que debemos adaptarnos para seguir viviendo y cumpliendo nuestro cometido, que no es otro que hacer llegar nuestro mensaje a una sociedad que dista mucho de aquella que nos vio nacer… No podemos olvidar que somos más que un simple hecho cultural o tradicional; somos instrumentos de la Iglesia con la misión de trabajar en la nueva evangelización. Una nueva evangelización que como dice el Papa Francisco, consiste en dar esperanza… Y en eso somos maestros, pero ese "dar esperanza" es algo que nos compromete a mucho más.

Para conocer su alcance, para aprender, hay que buscar, estudiar… y nuestros profesores fundadores nos dejaron ese libro como bibliografía fundamental para antes, ahora y después, porque en ese libro están contenidas todas las respuestas. Es el libro de la sabiduría divina que, aunque aparezca cerrado, solo hay que abrirlo con los dedos de nuestra fe para leer el versículo certero:

Yo soy el camino, la verdad y la vida. Sin mí, nadie puede llegar a Dios Padre (Juan 14:6)

Jesús, el que siempre orante nos hace mirar al Padre, es la Verdad que nos hará libres, es la esperanza de Vida eterna… Jesús, al que llaman y tocan el Maestro, traza en sí mismo el Camino a seguir, nuestro itinerario de, al menos, 75 años más…

Por eso es momento de mirarnos hacia dentro, muy dentro, para ver si estamos haciendo todo lo posible, si nos estamos fundiendo en el incensario o simplemente permanecemos plácidamente dormidos en la naveta… Toda celebración es hermosa y está hecha para disfrutarla, pero antes hay que cocinar los platos, preparar la mesa… y después retirarlo todo. Y esta hermandad merece mucho más que convidados a comer y a posar. Si queremos vivir 75 años más es momento mostrar disponibilidad, de dar pasos al frente y de remangarse. Porque queda mucho por hacer y por construir juntos, entre todos, cada uno en la medida de sus posibilidades, haciendo lo que cada uno pueda según sus habilidades, pero siempre con la intención de querer hacer. Lo que tenemos en las manos y que estamos obligados a entregar a los que serán, es un peso que no puede ser soportado por 4;

somos necesarios 40, 400, muchos más; todos los que somos y los que nos sentimos orgullosos de llamarnos Estudiantes. Así si podremos seguir viviendo, compartiendo y disfrutando nuestro itinerario de, al menos, otros 75 años.

X. 75 años juntos en procesión

Y es que si ayer cumplimos 75 años, en una semana y media volveremos a atravesar el dintel de la catedral por septuagésima quinta vez de forma ininterrumpida… ¡A ver quién puede decir esto!

Y este otro 75 también merece una celebración: Por eso os invito a que el próximo Miércoles Santo estéis en la Catedral para que todos juntos salgamos en la procesión.

Venid a participar en ella y no os arrepentiréis, porque va a ser un hecho irrepetible.

Porque a las 8 menos 10, cuando en la catedral se haga el silencio y desde el altar D. Juan el consiliario inicie la oración previa a la salida, D. Andrés y D. Juan López, asomados a los púlpitos se sumarán a ella para ir bendiciendo cada uno de nuestros pasos.

Francisco Saiz y Celia Viñas pasarán lista y repasarán sobre el altar todos los cálculos y todos los versos, las ciencias y las letras que se entrecruzan para trenzar el espíritu vivaracho de esta hermandad que ha seguido avanzando a lo largo de los años.

La cabeza, ya formada frente al cancel, irá precedida por cuatro cirios de respeto llevados por cuatro jóvenes enchaquetados recién llegados de Granada en tren. Y tras ellos todos los estudiantes del instituto y todos los penitentes y nazarenos de tantos años condensados en dos recias filas que llevarán su cruz en los cirios prendidos con la luz de Belén del pasado. Ante los pasos se reunirá una presidencia en la que se saludarán doce hombres que, como doce apóstoles, ofrecerán entre sus manos el mensaje de nuestra Hermandad: doce hermanos mayores que dirigieron esta nave, unas veces en tiempos de calma, otras con tempestad. Sin mencionar en la cruz de nuestra historia quedaron la segunda mitad de ellos: José Luis, Jesús, Ramón, Juan

Manuel, Antonio Jesús y Nazario. Y en sus doce nombres leeremos los de todos aquellos hermanos a los que tanto les debemos y que sería imposible mencionar en justicia y detalladamente

Las mucetas de los doctores tornarán en capelinas de acólitos para disipar la oscuridad a la luz de la sabiduría que luce en lo más alto de sus ciriales. Entretanto, las Puras, cantarán las vísperas encendiendo una a una las luces de los pasos, como oraciones sencillas escapadas de la clausura para iluminar con la verdad todos los rincones de la ciudad. Y mientras ellas alargan el pabilo sobre la candelería y Pedro Pavón entresaca las rosas de las flores de cera mirando a los ojos de la Virgen, Carmen Góngora alargará la hebra repasando la concha dorada que cierra y rodea la cola de un manto tras el que caminará esperanzada la multitud.

Hasta los pasos irán llegando ordenadamente, como hormigas laboriosas, costaleros que fueron y que son, con jersey burdeos, faja roja y lienzo verde, igualados por sus décadas y en los que la altura de su trabajadera es medida en años de trabajo, sus relevos marcados en las esquinas de la honradez y la humildad. Todos tendrán cabida y su sitio dispuesto, como un milagro de panes y peces a la inversa en el que sigue habiendo espacio para todo el que quiera volver a compartir sacrificio bajo la oscuridad del faldón. Fuera, observándolo todo con caras de seriedad, capataces y contraguías reunidos en un solo equipo que, vigilante, observará cada gris adoquín, cada arista dorada, cada vértice de plata de los cuatro puntos cardinales de estos pasos perdidos en el tiempo.

Juntos volveremos a pisar una vez más la plaza de la Catedral, siempre acogedora a pesar de hacernos pequeños en ella. Y discutiremos quien de los dos ha cambiado más en estos años, si la plaza o nosotros. Ella, que es salida y meta de nuestro camino, punto de partida desde el que recorrer todas las direcciones posibles, todos los caminos que de ella y a ella siempre nos conducen. Por eso volveremos a subir por Cervantes para cruzar bajo el arco del Ayuntamiento; muy despacio y sobre los pies nos deslizaremos por la curva de la calle del Cubo; y por Almanzor llegaremos a San Antón para que D. Melchor vuelva a escribirnos cartas alentadoras. Recorreremos el Paseo de la Plaza Circular a la Puerta de Purchena, desafiando al frio, al viento, a todo; y alcanzaremos la medianoche al respirar el último esfuerzo de la calle Mariana. Nos asomaremos por plazas que antaño nos esperaban vacías para

comprobar si la gente nos aguarda en ellas; gentes, calles y plazas que nos recuerdan y nos esperan, asoman las flores en sus balcones para que volvamos a fijarnos en ellas.

Son las 8 en punto de la tarde y las puertas de la Catedral se abren.

El secretario agarra con fuerza entre sus manos el libro, los monaguillos cargan los incensarios para generosos purificar los pasos y la cruz de guía se alza elegante y ligera al contraluz de la tarde mientras en la plaza la gente impaciente espera. Los Estudiantes estamos dispuestos, como siempre.

Ha llegado el momento de volver a cruzar el dintel, y si el Diputado Mayor me lo permite, hago sonar la campana que anuncia el inicio de la marcha:

Adelante, Estudiantes, sin miedo, que Almería nos espera sedienta de Oración, hambrienta de Amor y Esperanza.

Seguid, Estudiantes a la cruz de guía por este camino de palabras sinceras y sentimientos cordiales que, casi sin salir, ya regresa.

Seguidme, Estudiantes, orgullosos de lo vivido. Que 75 años no son nada comparados con lo que nos queda por delante.

Marchemos, Estudiantes, hoy reunidos todos en una misma ilusión, la de sentirnos precisamente eso: Estudiantes.

Estudiantes de ayer, de hoy y de mañana. Estudiantes de siempre;

y siempre, siempre, Estudiantes.

Antonio Salmerón Gil

4 de abril de 2019

3. Programa del Concierto de la Asociación Músico-Cultural San Sebastián de Padul (Granada)

ASOCIACIÓN MÚSICO-CULTURAL
SAN SEBASTIÁN (PADUL)

NUESTRO PADRE JESÚS (E. Cebrián)
CORONACIÓN (M. Marvizón)
GETSEMANÍ (R. Dorado)
SANTA MARÍA EGIPCIACA (M.Cabalgante)
SIEMPRE LA ESPERANZA(J.J. Espinosa)